Carta a mi hijo

Moisés Hernández

Capítulo 1

Carta a mi hijo

Querido hijo:

Esta es mi despedida, no volveremos a vernos. Todo lo que puedo hacer es dejarte estas palabras, y que sepas que te amo con todo mi corazón. Nuestra vida ahora es muy difícil, es el resultado de los errores cometidos por nuestra especie en el pasado. Hubo un tiempo que los cielos eran azules, las aguas que llovían no eran tóxicas, había bosques llenos de plantas y árboles verdes. Ahora todo está enfermo, la vegetación, los animales, el cielo y la tierra.

Ya no importa quién o qué comenzó la guerra; total, el final fue el mismo. Se perdieron 300 millones de vidas durante las batallas. Después vino una época de hambruna, epidemias y mutaciones entre los sobrevivientes. Fue la consecuencia de las armas biológicas y la radiactividad: los campos se quedaron estériles, los animales también sufrieron malformaciones. La población mundial cayó de siete mil millones de seres humanos, a poco más de cincuenta millones. El mundo como se conocía dejó de existir.

Dicen que hubo un tiempo que las personas podían comunicarse de un extremo del planeta a otro, a través de las computadoras. Que hubo una red que los interconectaba a todos. La guerra acabó con todo eso, es muy peligroso ponerse en red con otras máquinas. Los virus inteligentes sobrevivieron, y están siempre a la espera para invadir a otros sistemas. Todos tienen la misma consigna, apagar los sistemas vitales de los campamentos sobrevivientes.

La mayoría de las inteligencias artificiales han desaparecido. Al principio esas máquinas eran capaces de multiplicarse por sí mismas y atacarnos. Contaban con armas láser y diferentes tipos de proyectiles. Traían la muerte desde el cielo y la tierra. Afortunadamente, la radiactividad de las bombas nucleares afectó su circuitería y se degradaron.

Soy Liz Taylor segunda, mi nombre viene de una actriz del siglo XX. Se puso de moda nombrarnos por los famosos de esa época, mi padre era Harrison Ford. No tengo recuerdos claros de él, falleció de un cáncer de estómago cuando yo contaba con dos años de edad. Mi madre fue Liz Taylor primera, la recuerdo como una mujer muy cariñosa. Apenas podía moverse, sus piernas eran anchas y deformes. Ella pudo llegar a la edad avanzada, falleció a los 32 años, que es nuestra máxima esperanza de vida.

Nuestro campamento se llama *Las mil y una noches*, es el título de un libro, lo elegimos democráticamente los miembros de mi grupo. Antes se

llamaba de otro modo, pero cada generación quiere marcar su huella, y le cambiamos el nombre.

Mi estatura es corta, llego apenas a un metro veinte. Soy afortunada, mis miembros están completos. Conduzco el único montacargas con el que contamos. Amo esta máquina, yo misma me he encargado de su servicio, ya no recuerdo cuantas reparaciones le he realizado.

Tu padre, Will Smith, fue un hombre maravilloso. Le fascinaba su trabajo, se dedicaba al cultivo de las remolachas, en el invernadero del campamento. Lo conocí en "La fiesta de la cosecha". Su brazo derecho era más corto que el izquierdo, una deformación de nacimiento. Tenía un gran sentido del humor. Se encargaba de hacer reír a todos en la celebración. La verdad me atacaba de risa con cada ocurrencia que tenía. Ese hombre me conquistó desde el primer momento, no hay día que su recuerdo no esté en mi memoria. Vivimos cinco años de matrimonio maravillosos, fue mi confidente y el amor de mi vida. Una falla cardiaca se lo llevó a los veinticinco años, nada se pudo hacer. Tenemos pocos suministros médicos, se le da prioridad a los más jóvenes. Qué se le va a hacer, es la vida que nos tocó vivir.

Tuvimos un perro, lo quisimos mucho. Le faltaba una pata delantera, nació así. Le encantaba perseguirnos por el invernadero y juguetear con nosotros. Es complicado que alguien consiga un perro en este tiempo, pero salimos sorteados entre más de cincuenta familias y lo obtuvimos. Pasamos tres años increíbles con él hasta su muerte. Se llamaba *poe*, era el apellido de un escritor del siglo XIX. Amamos todo lo que se escribió en esa época.

Los libros han sido una bendición para nuestra gente. Antes de la guerra dicen que se podían almacenar millones de ejemplares en las computadoras, y eran accesibles para todos a través de la red. Ahora esas máquinas solo las podemos utilizar para mantener los sistemas vitales del campamento. Ellas mantienen vivas a las casi tres mil personas que habitamos aquí. En cambio; los libros impresos son unas joyas en nuestro mundo. Nos permiten soñar e imaginar cómo fue la vida en el pasado. En nuestra sociedad es un delito dañar uno de ellos.

El día más feliz de mi existencia fue cuando tu naciste, estaba tan preocupada: una de mis compañeras en la maternidad tuvo a su hijo antes que yo, nació sin brazos. Pero ella lo abrazó y lloró feliz de verlo vivo. Por eso, cuando tú llegaste al mundo, fui la madre más agradecida de todas, porque el médico que me auxilió en el parto me dijo que estabas completamente sano. Eso fue un verdadero milagro. Te llamé Will, como tu padre. Los recién nacidos se mantienen en la guardería hasta los dos años, para darles el mejor cuidado, y evitar cualquier descuido de sus padres; sin embargo, nos permiten verlos y convivir con ellos a diario. Se nos toman los signos vitales y la temperatura, para evitar cualquier riesgo

a los pequeños.

Pasé seis años maravillosos contigo, al perder a tu padre, fuiste la luz que iluminó mi existencia, y viví los mejores momentos de mi vida a tu lado. Pude verte dando tus primeros pasos y escucharte por primera vez llamarme mamá. Recuerdo que me moría de angustia cuando contrajiste una infección respiratoria, y me prohibieron verte. Regresaba de mi larga jornada de trabajo, y me paraba en la puerta de la guardería, con la angustia en el rostro pidiendo informes tuyos. No me quería mover de ahí por temor a que empeoraras. Afortunadamente todo salió bien y te pusiste mejor. Te pude llevar a nuestro hogar, ese pequeño pedacito de dos por tres metros. Es todo lo que teníamos, pero estaba lleno de felicidad. Tres años te tuve conmigo, te enseñé a leer y a dibujar. Recuerdo todas las travesuras que hiciste. Algunas veces fui dura contigo, pero solo traté de corregirte, y hacerte un buen hombre. Todo lo que hice, lo hice por amor.

Ahora debo irme. He llegado a la mayoría de edad permitida en nuestro campamento. Nuestros gobernantes así lo han decidido, los suministros son pocos, y la población no debe crecer demasiado. Cumpliré los treinta y dos años en unos días. Pronto pasarán por mí unos agentes, y me llevarán al Centro de la Eutanasia. Muchas personas se entristecen cuando les llega su momento. Yo me siento feliz de la vida que he llevado, y de cada momento vivido con mi familia.

Adiós hijo mío, te llevaré en mi corazón hasta el último momento. Si hay un lugar a donde ir más allá de esta vida, te estaré esperando ahí.

Con amor:

Tu madre.